

EL ASERRADERO: TIEMPO, VIDA Y MEMORIA

Sobre Marcelo Britos. *El aserradero*. Rosario: UNR Editora, 2022, 192 pp.

Leonardo Berneri
Universidad Nacional de Rosario
bernerileonardo@gmail.com

En algún lugar de Alberdi, zona norte de Rosario, hay un aserradero, o lo que queda de él, en cuyo terreno, en un momento de riesgo, alguien ha decidido enterrar su biblioteca. Las historias de bibliotecas enterradas durante la última dictadura cívico militar son, lamentablemente, muchas, pero finalmente ese *topos* ha hallado su tratamiento literario y ha encontrado su novela. *El aserradero* es, hasta ahora, la última novela escrita y publicada por Marcelo Britos (Rosario, 1970) y es la segunda de lo que ahora descubrimos como una posible saga: el personaje principal es el mismo que el de *La Rote Kapelle, nouvelle* publicada en 2019 por la editorial Aurelia Rivera.

En *El aserradero* un profesor de historia se propone hallar, junto a su prima y acompañados por su hijo, la biblioteca del tío de él y padre de ella, desaparecido durante la dictadura. Para ello, se instalan en el terreno de lo que había sabido ser el aserradero familiar y se dedican a tratar de dar con la manera de encontrar el lugar en el que está enterrada la biblioteca. Tal como sostiene Rody Bento en el prólogo, retomando la teoría pigliana acerca del relato, al igual que “todo buen y seductor relato, el libro contiene dos historias” (Britos, 2022, p. 8). Una de ellas parece ser una historia a la cual resultará imposible hallar un fin; la otra, inevitable, tiene el fin inscrito desde siempre. Una búsqueda y un duelo. La biblioteca y la enfermedad. La novela las narra de manera tal que, a medida que la leemos, atendemos con ansiedad a la primera y olvidamos, ingenuos, la segunda. La narración de

la búsqueda de la biblioteca enterrada es la que permite que la trama avance y la tensión novelesca se sostenga: la peripecia incluye planes, preparativos, trabajo duro, paciencia y hasta un chanco que, se supone, sería capaz de hallar, gracias a su olfato agudo, los libros. La de la enfermedad, en cambio, se anuncia solapadamente y no cobra protagonismo sino hasta el final.

La melodía de lo fúnebre atraviesa la novela como un *leitmotiv* que a veces constituye todo su sonido y que otras suena quedo detrás de otras voces más livianas, incluso alegres. La enfermedad, la descomposición de las cosas, la corrosión efecto del paso del tiempo asedian el relato de estos tres personajes que se empeñan en llevar adelante una empresa imposible, una empresa que supondría la negación de todos esos fantasmas. Vencer al tiempo y a la muerte, rescatar de las entrañas de la tierra un fragmento de pasado immaculado, la memoria persistente de un legado oculto y silencioso que, sin haberlo anunciado, ha dejado el tío desaparecido para ellos: una ofrenda hecha al futuro en medio del riesgo y la inminencia del fin.

Los personajes, sin embargo, no abandonan nunca cierta candidez o inocencia, cierta ternura y piedad que dan el tono a la novela en su conjunto. Después de una vida de distancia y reencuentros fugaces, esos primos marcados por un pasado de ausencias e interrogantes sin respuesta, en el aserradero, vuelven a ser los niños que jugaban juntos y compartían el tiempo improductivo de la infancia, antes de que la Historia se lo llevara por delante. De modo que el aserradero funciona como un refugio, un oasis, una estancia: es el lugar de la felicidad y de lo posible, un lugar en el que las lógicas del mundo exterior y del tiempo entran en suspenso. La muerte lo ronda, lo asedia, lo cubre con su manto, pero, con los rostros vueltos hacia un pasado borroso que los llama con una fuerza inequívoca, pueden ignorarla, burlarla: es, después de todo, no una novela sobre la

muerte ni sobre lo muerto, sino una novela sobre la persistencia de la vida.

Se trata, también, de una novela bibliófila, una de esas novelas que hacen del libro (el libro como objeto: ese misterio comprendido en unas cuantas hojas cocidas o pegadas entre sí y envueltas en una cubierta) el centro gravitacional no solo de lo que sucede sino también de las sensibilidades y las obsesiones de sus personajes. La novela, de este modo, hace serie insospechadamente con novelas tan dispares como *La casa de papel*, del uruguayo Carlos María Domínguez, o *El nombre de la rosa*, del extinto Umberto Eco, entre otras tantas. Los libros de la biblioteca que los personajes buscan desenterrar y de los cuales Victoria hace una lista conjetural, basada en sus recuerdos de infancia, difusos, pero que resultan ser precisos (aparecen allí Hemingway, Faulkner, Conrad, Kosinski); los libros de un tal Tom Forsyth que lee Chipi, el hijo del narrador, saneanos, oscuros, apócrifos; las citas sin autor ni lector consignados que simplemente están, huérfanas, desperdigadas, aparecidas entre capítulo y capítulo; los libros que el narrador señala, recuerda: Cummings, Tolstoi, Hemingway otra vez, Capote, Kordon, Borges, Oliva... La novela se abre, generosa, en una multiplicidad de lecturas y de evocaciones que reverberan sobre ella y multiplican sus sentidos y construye, de esta manera, una segunda biblioteca, incluso más amplia que aquella que los personajes desean hallar.

El narrador –profesor de historia, pero aficionado y casi erudito de la literatura– tiene mucho de los moralistas franceses, propensos a la máxima y la reflexión sobre la vida y su condición (cf. Giordano, *Una posibilidad de vida*, Beatriz Viterbo, 2006). La voz se inclina continuamente y de manera insistente al registro sentencioso y puebla la novela de máximas y suerte de aforismos, breves perlas de saber surgidas de una voz conmovida: “el hogar es la última trinchera” (Britos, 2022, p.

28); “hay cosas que se aprenden sobre la marcha, como vivir” (Britos, 2022, p. 28); “el límite entre mentir y contar es muy delgado” (Britos, 2022, p. 102), y otras tantas. Se trata de alguien cuya vida se encuentra en un continuo estado de conmoción, alguien sacudido por una historia que, al igual que la que narra la propia novela, es doble: su historia personal es, a la vez e inseparablemente, la historia de la tragedia de un país y una época y se hace sensible, en cada palada que clava a la tierra en busca de esa biblioteca perdida, que lo que se hunde es él mismo en un pasado oscuro.

Por último, la novela es, en cierta forma, un *coming of age* tardío. El propio narrador lo señala: “había una pérdida, sí, pero lo que se perdía, lo que quedaba atrás, irrecuperable y marchito, era la juventud (...) Pensé que en poco tiempo iba a cumplir cincuenta años” (Britos, 2022, p. 138). El narrador solo puede atravesar el umbral de la adultez en ese enclave en donde los tiempos se desquician y se mezclan (un pasado que acecha desde la tierra y en un presente agobiado por la inminencia de la muerte). Muerto el niño que todavía no podía dejar de ser –esa memoria anclada melancólicamente en los años de la infancia: los años en que su tío todavía estaba, los días felices junto a Victoria–, el narrador, por fin, se descubre a sí mismo como padre y trazar, finalmente, el legado que otorga sentido al tiempo: descubre, así, que el verdadero destinatario de la biblioteca enterrada es Chipi, su hijo, “el heredero natural” (Britos, 2022, p. 183) de aquellos libros.